CAÍN

(CUENTO)

CONFORME se entra en el zaguán hay una puerta a mano izquierda que se abre dificultosamente hacia una sala desnuda, oscura y fría. Luego hay un porche de baldosas húmedas, resbaladizas siempre. El pozo está justo al pie del muro, con su brocal redondo de granito.

Antes de tocar el agua, cuando niño, mi voz buscaba el eco para decir allí, dentro del pozo, la palabra mamá. *Luego nombraba a todos, por sus nombres, y el pozo y yo juntábamos nuestras voces en una voz única, húmeda y honda, para llamarlos. La palabra* padre *tenía una oquedad firme, y había que repetirla con frecuencia porque la voz se agrietaba, a veces, de un miedo extraño y dulce.*

Primero estaba el brocal denso, redondo, de granito, y luego aquellos muñones grises de pizarra bajando siempre, circularmente, como mi voz, hacia la quietud del agua.

Y volvía a nombrarles con medrosa extrañeza hasta que la voz del pozo me hacía callar y, no sé por qué, sin pausa en mi silencio, arrojaba una piedra contra la quietud del agua. Nada decía el eco entonces, pero los grumos de agua que subían hasta el último anillo de muñones grises de pizarra me hacían huir.

Un día, conforme huía, me sorprendió la voz del piano. El balcón de la sala del piano daba al jardín, justo frente a la palmera estéril. La voz del piano se empozaba toda sobre el jardín y se me ocurrió encaramarme hasta el alero del balcón, subiendo por la reja. Cuando lo logré, pensé dar un susto a Milagros; *pero la extraña quietud con que estaba sentada frente al teclado, y aquel sediento urgir de sus dedos sobre el agua de la melodía, ahogaron mi voz cuando quise gritar.*

Fue entonces cuando sentí un dulce deseo de irme hasta Milagros *y ponerme allí a su lado, como cuando estaba enfermo, que venía hasta mi cuarto y me contaba cuentos hasta que el sueño me empozaba otra vez en mi fiebre.*

Pensé que si saltaba los hierros del balcón la asustaría mucho, y esto me dio pena y me apuró bastante, conforme empezaba a oírse una voz, en la galería, que decía mi nombre como una acusación contra mí mismo. Bajé entonces, apresuradamente, y creo que me sentí avergonzado.

¿Por qué estuve un momento escondido detrás de una enorme mata de geranios?

La voz de la galería volvió a repetir mi nombre, sin énfasis ya, mezclada ahora con la voz del piano, y no sé si era yo quien estaba triste o es que la voz del piano llegaba hasta mí con un extraño sabor triste, como el que imaginaba yo para los muñones de pizarra gris que bajaban—circularmente, como mi palabra—hasta la quietud del agua, en el pozo.

Y me fui al pozo, como sin prisas ya, para acodar sobre el brocal aquel extraño entristecer que me daba algo así como conciencia de haber pecado. Miré al agua y empecé a oir mi nombre otra vez. Podrían llamarme Juancho, pensé, porque ya había pensado yo que podía haber tenido otros nombres, y no el de Pedro, y ése, el de Juancho, me gustaba a mí, que así llamaban a un niño—vecino nuestro—que vino al pueblo y apenas si vivía mucho tiempo en una sola ciudad. No sé por qué grité Juancho, en el pozo, desbruzado ahora sobre el brocal.

Juraría que esta vez no dijo nada el eco, y tanta extrañeza me causó aquel silencio que fui incapaz de repetir la llamada. Me limité a mirar con detenimiento los muñones de pizarra gris que bajaban, circularmente, hasta la quietud del agua, y fue mirando la quietud del agua cuando oí que volvía a llamarme la voz de la galería y me vi yo mismo, como nunca, dentro del pozo, en la quietud misma del agua.

No fue por burlar la voz de la galería, sino por extrañeza, por lo que grité mi nombre, hacia el pozo, y esta vez sí que acogió el eco mi voz, y su voz se fundió y confundió con la mía hasta dejarme estremecido de sorpresa...

Allí estaba yo—lo mismo que ahora—: junto al pozo, al pie del muro.

